

AGUA CALIENTE

Kathryn Jordan
Traducción de Eleonora Escudero



*Este libro está dedicado a la inteligente e ingeniosa
Mick Nuding, que tanto apoyo me ha prestado.*

Y gracias a ti, Sting, por "La rosa del desierto".

Uno

¡Ése era el lugar! Había llegado lejos que casi se pasa de largo. Pisó el freno, con demasiada fuerza. El coche patinó hacia los lados mientras ella trataba de mantener el volante bajo control; la adrenalina lo borraba todo. Después, vendría ese momento en que la vida pasa delante de los ojos. Espera. ¡No vuelques! Durante una fracción de segundo, le pareció sentir que las ruedas del lado derecho abandonaban el pavimento el asfalto. Luego el coche recobró el equilibrio y el trompo perdió impulso. El cinturón de seguridad se le clavó en el hombro cuando el coche se detuvo con una sacudida.

Se quedó sentada, mirando el cielo a través de las debiluchas ramas de algún tipo de árbol desértico, quizás mezquite. El corazón le latía con fuerza, volvía a respirar. ¡Dios! Demasiada velocidad, era fácil acelerar con este coche; no estaba acostumbrada a una respuesta tan sensible. Si hubiera seguido unos metros más, habría tenido que llamar a la concesionario de Beverly Hills para decirles que se había salido de la carretera y chocado contra un árbol. Debería cambiar el alquiler por compra. Eso sí que no se lo podría ocultar a Ralph. Ya se lo imaginaba diciéndole: “¡California! ¿Qué cojones estás haciendo en California? ¿No ibas a lo de tu hermana en Oskaloosa?”.

Sonrió. Bueno, era la primera vez que conducía un deportivo, o un vehículo que costara tanto como una casa, sal-

vo que contara el camión Mack diesel de dieciocho ruedas de Ralph. Lo había conducido —aunque sólo unos pocos metros— cuando era nuevo, antes de que él convirtiera su empresa en una flota de maquinaria para movimiento de tierra, cargadoras Bobcat, camiones basculantes, motoniveladoras, y máquinas quitanieve para el invierno. ¿Cómo puede alguien llegar a entusiasmarse con un camión basculante? Pero eso era cuando todo era diferente, cuando Ralph se tomaba el tiempo necesario.

Abrió la portezuela, se asomó. Las ruedas traseras todavía estaban en la carretera. Bien. Había llegado tan lejos, ... hacía años que soñaba con esto; después de ahorrar y planificar, borró todo los rastros, incluso el extracto de la tarjeta de crédito, gracias a su hermana. “Estás en una misión”, le había dicho Lucille, con esa risa alocada que la caracterizaba, “¡Diablos, hasta estoy dispuesta a ir a medias si prometes contármelo todo!”.

Acercó el coche hacia el borde de la carretera, y giró en U “u”. “Spa y & / and Resort Hidden Springs”,; tal como aparecía en la página web, sólo que se veía más pequeño en este vasto paisaje. Nunca había estado en un desierto, nunca había ido al oeste del Mississippi, salvo si una contara ir de compras en Minneapolis o las visitas a Lucille.

Con razón casi pasó de largo. La entrada, encajada entre un follaje tachonado de cactus a un lado y un tupido muro verde grisáceo al otro, no revelaba nada de lo que ella sabía que encontraría en el interior. Condujo por el acceso de entrada, con el sonido de la grava crujiendo bajo los neumáticos. Perfecto. Nada deslumbrante, no como esos enormes hoteles lujosos al este de Palm Springs; ni siquiera tenía campo de golf. La gente venía a este lugar por el agua, la tranquilidad, la privacidad.

Sólo para adultos.

Otra vez los escalofríos. Los sentía desde que se había subido al avión la noche anterior. Estaba tomando café, abriendo una bolsita de cacahuets, cuando sintió un sobre-

salto repentino, como un pozo de aire, aunque el vuelo había sido completamente tranquilo. Se tocó la piel debajo de la garganta; ∴ tenía el pulso acelerado, la cara acalorada. Estaba sucediendo y esta vez era real; no sólo una fantasía. ¿Cuántos años había vivido sólo de fantasías?

Delante, había una caseta de vigilancia, construida con piedras redondeadas que, según supuso, habrían juntado del sedimento del desierto que dejan los aluviones su paso desde las estribaciones. Al frente, había una fuente de piedra, parterres de petunias y bocas de dragón. El “portón” en sí era una barra de acero como las de los cruces ferroviarios.

No bien detuvo el coche, se le acercó una mujer vestida con vaqueros y un polo con el logotipo de Hidden Springs, que llevaba un cuaderno en la mano. Llevaba el cabello rojo corto, sin maquillaje. Estaba en buen estado físico; tenía el aspecto de una mujer que cuida su apariencia; daba la impresión de que no importaba cuántos años pasara de los cuarenta. ¡Imaginaos.!

Al conducir desde Los Ángeles con este coche, la habían mirado de todas las maneras posibles, pero la mirada de la mujer apenas se inmutó. Probablemente estuvieran acostumbrados a los coches exóticos en este lugar. Se lo conocía como un refugio de ricos y famosos, de estrellas de cine, de amantes furtivos de Hollywood desde la década de los treinta. A lo mejor vería a alguien famoso.

La mujer se inclinó a la altura de la ventanilla abierta, sonriéndole. Como Susan Sarandon en esa película de béisbol, pero con el pelo más corto y más rojo. Qué ridiculez, los famosos serían huéspedes, no empleados.

–Buen día –dijo la mujer–. Parece que eligió un fin de semana espléndido. Fresco para ser junio. ¿Su reserva está a nombre de...?

–Julia... Julia Reeves –respondió. Era el nombre de su profesora de francés de la escuela secundaria. ¡Qué diablos!. Julia. Le gustó cómo sonaba. Admiraba a la vieja señorita Re-

eves (bueno, ahora se daba cuenta de que no era vieja), pero tan independiente; ... vivía sola, viajaba a París todos los veranos.

La mujer buscó en el cuaderno.

—Ah, sí, aquí está. ¿Es la primera vez que viene, señora Reeves?

—Sí. — La primera vez, así es; el corazón otra vez le latía con fuerza.

—Bueno, le encantará la cabaña de piedra —afirmó la mujer—. No es una verdadera cabaña, desde luego. Es una de las construcciones originales; tiene algunas de nuestras mejores piezas antiguas y vitrales. Ya verá. Es justo pasando la gruta; tiene su propio patiecito.

Se colocó el cuaderno bajo el brazo y le entregó a Julia un mapa desplegado. Tampoco tenía las uñas pintadas. Bonitas manos.

—Usted está aquí —le explicó, indicando el lugar con el dedo—. Siga el camino hasta la oficina, aquí. Yo llamaré antes. Sólo necesito tomar el número de matrícula.

Fue hasta la parte delantera del coche. ¿Cómo hacía para tener la piel tan sedosa?, se preguntó Julia. ¿Sería el agua mineral? O tal vez algo que tienen las pelirrojas.

Cuando la mujer regresó, Julia observó sus ojos, de un tono de verde poco común, como el musgo nuevo.

—Su primer tratamiento de spa es a la una treinta; tiene bastante tiempo para conocer alguna de las piscinas —hizo una pausa—. Y... veo que tiene un invitado más tarde. ¿Le digo que vaya a su habitación? Necesitaría que me diera su nombre...

Ay, cielos. ¡No te sonrojes! El nombre. No lo sabía. Sólo había visto su fotografía. Tendría que llamarlo, preguntarle qué decir.

—William —contestó. Fue lo primero que le vino a la cabeza, desde su pasado remoto. Fue su único novio antes de Ralph—. Sí, dígame a William que venga a mi habitación. Lle-

gará a las seis.

Así de simple. ¿Y de dónde salió esa voz? Despreocupada, como si fuera famosa y esto fuera habitual. Debía de ser el coche.

Una podía ser quien le diera la gana en un Lamborghini rojo.